

Intuición del frío

"Ideario de otoño", de Dionisia García

Josa Fructuoso

Fue una tarde de noviembre, hace casi un año, cuando **Dionisia García** me dedicó su *Ideario de otoño*. Yo lo tenía recién leído y abrigaba ya la intención, como homenaje debido a la escritura, tan pura en este libro, de componer una reseña, un artículo, algo, en definitiva, en señal de reconocimiento y de gratitud. He dejado pasar los meses y con ellos las estaciones hasta que el círculo del tiempo me ha depositado de nuevo en este otoño aún indeciso, pero al fin y al cabo, otoño, para que mi propósito adquiera la calidad visible de la letra escrita.

No importa el tiempo. Hay libros que rezuman savia, libros con sabor a fruto de esmerado cultivo, libros que nacen maduros para no envejecer. Por eso, en estos días que van perezosamente adentrándose en la cobriza transparencia otoñal, *Ideario de otoño*, viene a ser un consuelo, una materialización del deseo de otoño, al tratarse de un libro evidente, que no engaña, pues ya desde su



Dionisia García / CARMEN MARI

aparición física de volumen de tonos ocres confiesa su inequívoca vocación de otoño. Después, esa vocación que el título confirma se abre al lector en la primera página.

407 aforismos componen el libro primero que se acabó de escribir en otoño de 1986. A este sigue un segundo libro de 472 aforismos terminado en otoño de 1990. Si se repara, que no hay porqué, se cae en la cuenta de que Dionisia García es, tal vez, la primera mujer que ha osado entrar en ese santuario de la escritura que son los aforismos. El aforismo es el género en el que tiene lugar el encuentro perfecto entre la esencia del pensamiento y la palabra. La palabra justa para el pensamiento justo. Un pensamiento que sabe salirse del encerramiento de la razón para hacerse sensitivo y apuntar a la zona de lo no-dicho que es el terreno propio de la escritura.

En este Ideario Dionisia sabe armonizar una envidiable sabiduría con una ironía nunca hiriente: (Ironía con

medida. Los irónicos tipo se desintegran por acumulación). A veces, entre las páginas, la ironía se convierte en abierto humor que sabe ceder la palabra a la nostalgia de lo que podría haber sido o a la reconciliación con lo que ha sido y muy a menudo al placer de la mirada sobre las cosas. Al final se trata de la reivindicación de una razón sensible.

El primer libro de *Ideario de otoño* está lleno de referencias a poetas y escritores (Leopardi, Simone de Beauvoir, Eliot, Pound, Propertio, Darío, Ortega, Rilke, Keats, Proust...) y a la escritura o a las palabras como obras de arte, como sonidos, como música; pero también, en la misma medida, está lleno de continuas chispas, instantes o ráfagas donde la percepción del mundo, de las cosas, de la naturaleza, a través de una sensibilidad experimentada y destilada se transforma en observación aguda que brota de una contagiosa y serena alegría de vivir.

En el segundo libro, por encima de otros valores planea la sombra de la muerte. El tema de la vejez aparecía ya en el primer libro, donde la autora declaraba el derecho a envejecer en silencio, sin clamores, pues el clamor no evitará ni paliará el hecho en sí mismo trágico.

En el segundo libro el tema de la vejez deja abiertamente paso al tema de la muerte, a la libre expresión del miedo a la muerte en el que todos nos reconocemos, porque sólo los muy jóvenes o los muy inconscientes lo ignoran. *El miedo a no durar nos obsiona*, confiesa Dionisia García. Es cierto, y ese miedo obliga a las palabras a volver una y otra vez sobre él, para intentar vencerlo o, al menos, para intentar domesticarlo. Podría ser que ese miedo esté en el origen de toda escritura. Podría ser incluso que esa intuición del frío invernal y último esté en el origen de este *Ideario de otoño*. Si así fuera el miedo a no durar no sería un miedo estéril.